

por toda la redondez de la tierra. Dejó doce provincias asentadas, que son de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de los reinos de Aragon, de Italia, que comprende la Lombardía y Toscana, la de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la alta, de Alemania la baja, de Francia, del Brasil, de la India oriental: y en estas provincias habia entonces hasta cien colegios ó casas de la Compañía.

II.

Para que pueda acabarse de conocer la gran obra del catolicismo, á la cual en tan alto grado ha contribuido la Compañía de Jesus, no será inoportuno, antes de reanudar el hilo de la serie de biografías de los Sumos Pontífices, que se transcriban los siguientes párrafos de una de las mas notables obras de Chateaubriand, referentes á las misiones.

»Véase aquí tambien, dice, uno de aquellos grandes y nuevos pensamientos que únicamente son peculiares de la religion cristiana. Los cultos idólatras ignoraron siempre el entusiasmo divino que inflama al apóstol del Evangelio. Ni aun los antiguos filósofos dejaron jamás las sendas de Atenas, de modo que llevados de un impulso sublime fueran á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, visitar al pobre, y sembrar la paz y la concordia entre naciones enemigas: tanto como esto han hecho y hacen todavía con frecuencia los religiosos cristianos. Los mares, las tempestades, los yelos del polo, los ardores del trópico, nada los detiene: viven con los esquimales en su odre de cuerpo de vaca marina, se alimentan con aceite de ballena en compañía del habitante de la Groelandia, con el tártaro ó el iroqués; recorren la soledad; montan en el dromedario del árabe, ó siguen al cáfre errante en sus desiertos abrasados; el chino, el japonés y el indio, llegan á ser sus neófitos; no hay isla, no hay escollo en el océano donde no se haya manifestado su celo; así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambicion de Alejandro, del mismo modo falta la tierra á su ardiente caridad.

»Cuando la Europa regenerada no ofreció ya á los predicadores mas que una familia de hermanos, aquellos apóstoles volvieron la vista hácia las regiones en que un sin número de almas permane-

cian todavía en las tinieblas de la idolatría; y movidos de compasion, viendo en fin aquella desgracia del hombre, se sintieron impulsados del deseo de derramar su sangre por salvar á aquellos míseros extranjeros. Preciso era atravesar selvas inmensas y fragosas, pasar lagos pantanosos, peligrosos rios, y trepar inaccesibles peñascos; era preciso hacer frente á naciones crueles y supersticiosas, vencer en los unos la ignorancia propia de la barbarie, y en los otras las preocupaciones de la falta de civilizacion; pero tantos y tan grandes obstáculos no bastaron á detenerlos. Los que no crean en la religion de sus padres convendrán á lo menos en que si el misionero está persuadido de que solo hay salvacion en la religion cristiana, el acto por el cual él mismo se ordena á sufrir males inauditos á fin de salvar á un idólatra, es superior á cuantos sacrificios puede hacer el hombre.

»Si un hombre á vista de todo un pueblo, á presencia de sus padres, parientes y amigos se espone á la muerte por su patria, á lo menos trueca algunos dias de vida por siglos enteros de gloria, y haciendo ilustre á su familia la ensalza dándole honores y riquezas. Pero el misionero que consume su vida en lo intrincado de un bosque, que sufre una muerte horrorosa, sin espectadores, sin ventaja alguna en beneficio de los suyos, obscuro, despreciado, tratado como loco, preocupado y fanático; y todo esto por dar la felicidad eterna á un salvaje desconocido.... ¿con que nombre podrá calificarse esta muerte; este grande sacrificio?

«Consagrábase á las misiones diversas congregaciones religiosas: los dominicos, las órdenes de San Francisco, los agustinos, los jesuitas y los sacerdotes de las misiones extranjeras.

»Habia cuatro clases de misiones.

»*Las de Levante*, que comprendian el Archipiélago, Constantinopla, la Siria y Armenia; la Crimea, la Etiopia, la Pérsia y el Egipto.

»*Las de América*, empezando en la bahia de Hudson, y subiendo por el Canadá, la Luisiana, la California, las Antillas, y la Guyana, hasta las famosas *reducciones* ó poblaciones del Paraguay.

»*Las de la India*, que abrazaban el Indostan, la península á una y otra parte del Ganges, y que se estendian hasta Manila y las Nuevas Filipinas.

»Finalmente, *las misiones de la China*, á las cuales eran anexas las del Tonkin, de la Cochinchina y del Japon.

»Contábanse además algunas Iglesias en Islandia, y entre los negros de Africa, pero regularmente no eran seguidas.

»Cuando los jesuitas publicaron la coleccion de correspondencia bajo el nombre de *Cartas edificantes*, fué citada y deseada su adquisicion por todos los autores. Apoyábanse en su autoridad, y los hechos que referian se tenian por indudables; pero no tardó la moda en declamar contra aquello mismo que se habia admirado. ¿Y como habian de valer alguna cosa aquellas cartas estando escritas por unos sacerdotes cristianos? No se tuvo vergüenza de preferir, ó mas bien de fingir que eran preferibles á los viajes de los Dutertres y de los Charleroix, los de un baron de Hontan ignorante y embustero. Algunos sábios que habian estado al frente de los primeros tribunales de la China, que habian pasado treinta y cuarenta años en la corte misma de los emperadores, que hablaban y escribian la lengua del país, que tenian frecuente comunicacion con los pequeños, que vivian familiarmente con los grandes, que habian recorrido y estudiado detenidamente las provincias, las costumbres, la religion y las leyes de aquel vasto imperio; algunos sabios, digo, cuyas numerosas tareas ó trabajos, han enriquecido las memorias de la Academia de las ciencias, se vieron tratados de impostores por un hombre que no habia salido del cuartel de los europeos en Canton, que no entendia una palabra del chino, y cuyo mérito todo consistia en contradecir groseramente las relaciones de los misioneros. Harto sabido es esto hoy dia, y aunque tarde se hace justicia á los jesuitas. ¿Acaso las embajadas hechas á fuerza de grandes gastos por naciones poderosas nos han enseñado alguna cosa que no supiesemos ya por los Duhalds y los Le-Comptes, ó nos han revelado algunas mentiras de aquellos Padres?

»Efectivamente; un misionero debe ser un excelente viajero, porque viéndose en la precision de hablar la lengua de los pueblos á quienes predica el Evangelio, de conformarse con sus usos, de vivir por mucho tiempo con todas las clases de la sociedad, buscar las cabañas y los palacios é introdúcese en ellos; aunque no le hubiese dotado la naturaleza de ingenio alguno, llegaria tambien

á recoger una multitud de datos preciosos. Al contrario, el hombre que pasa rapidamente con un intérprete, y que no tiene ni tiempo ni voluntad de esponerse á mil peligros para aprender el secreto de las costumbres, aunque tuviese todo lo necesario para ver y observar bien, solo puede adquirir unos conocimientos muy vagos acerca de unos pueblos que no hacen mas que pasar y desaparecer de su vista.

»El jesuita tenia tambien sobre el viajero particular la ventaja de una sabia educacion, pues los superiores exigian muchas cualidades de los discípulos que destinaban á las misiones. Para las de Levante era preciso saber el griego, el cofto, el árabe y el turco, y tener algunas nociones de medicina; para la India y la China se requerian astrónomos, matemáticos, geógrafos y mecánicos, y la América estaba reservada á los naturalistas. ¡Y á cuantos santos disfraces, á cuantos piadosos ardides, mudanzas de vida y de costumbres no se vén en la precision de recurrir para anunciar la verdad á los hombres! En Madura tomaba el misionero el hábito de penitente indiano, se acomodaba á sus usos, se sometia á sus austeridades por repugnantes ó pueriles que ellas fuesen; en la China se hacia mandarin y letrado, y entre los iroqueses cazador y salvaje.

»Casi todas las misiones francesas fueron establecidas por Colbert y Luvois, los cuales conocieron que aquellas serian un gran recurso para las artes, las ciencias y el comercio. Los padres Fontenay, Tachard, Gerbillon, Le Compte, Bouvet y Visdelou, fuéron enviados á los indios por Luis XIV: todos eran matemáticos, y el rey hizo que los admitiesen en la academia de ciencias antes de su partida.

»El P. Bredevent conocido por su fisica matemática, murió desgraciadamente recorriendo la Etiopia, mas no obstante se han visto salir á luz una parte de sus trabajos. El P. Sicard visitó el Egipto llevando consigo unos dibujantes á espensas de M. de Maurepas, y acabó una gran obra con el título de *Descripcion del Egipto antiguo y moderno*. Este manuscrito precioso que se hallaba archivado en la casa profesa de los jesuitas de Paris, fué estraida de allí sin que se haya podido adquirir indicio alguno de su paradero. Sin duda alguna nadie mejor que el monge Bazin podia darnos á conocer la Persia y al famoso Thamas Kaulican, pues fué el pri-

mer médico de este conquistador y le acompañó en todas sus expediciones. El P. Coeur Doux nos dió nociones muy curiosas acerca de las telas y los tintes indianos: conocimos la China como la Francia: tuvimos los manuscritos originales y las tradiciones de su historia, herbolarios chinos, geografías matemáticas de aquel país; y para que nada faltase á la singularidad de aquella misión, el P. Ricci escribió unos libros de moral en la lengua de Confucio, y se le tiene en Pekin por un autor elegante.

»Si en el día nos está cerrada la puerta de la China, sino disputamos á los ingleses el imperio de las Indias, no es por culpa de los jesuitas que han estado muy cerca de abrirnos la entrada en aquellas hermosas regiones. «Ellos lo habian conseguido en América, dice Voltaire, enseñando á unos salvages las artes necesarias, y lo consiguieron en la China enseñando tambien las artes mas ensalzadas á una nacion ingeniosa»

»No es menos conocido lo útiles que eran á la patria en las escalas de Levante. Y por si se quiere una prueba auténtica de ello, aquí presento copia de un documento cuyas firmas son harto respetables.

»*Real Decreto.*—«Hoy día siete de Junio de mil seiscientos setenta y nueve, estando el rey en San German-en-Laya, queriendo recompensar á los Padres jesuitas franceses, misioneros en Levante, en consideracion á su celo por la religion y las ventajas que experimentan sus súbditos residentes y traficantes en todas aquellas escalas. Su Magestad los ha retenido y retiene por capellanes suyos en la iglesia y capilla consulares de la ciudad de Alepo en Siria, etc.

Firmado, LUIS.—Y mas abajo, COLBERT.

»A estos mismos misioneros somos deudores del amor que tienen todavía los salvages al nombre francés en los bosques de la América; de modo que basta un pañuelo para pasar con seguridad por medio de las hordas enemigas y encontrar en todas partes hospitalidad. Los jesuitas del Canadá y de la Luisiana fueron los que habian dirigido la industria de los colonos con respecto al cultivo, y los que han descubierto nuevas drogas para los tintes y los medicamentos. Naturalizando en nuestro suelo varios insectos, aves y árboles estraños, han aumentado riquezas á nuestras manufac-

turas, delicadeza á nuestra mesa, y deliciosa sombra á nuestros bosques.

»Ellos son los que han escrito los elegantes y sencillos anales de nuestras colonias. Véase sino la escelente historia de las Antillas por el P. Dutertre ó la de la Nueva Francia por Charleroix. Las obras de aquellos hombres piadosos abundan en todo género de enseñanzas: disertaciones sabias, pinturas de costumbres, planes de mejoras para nuestros establecimientos, objetos útiles, reflexiones morales, aventuras interesantes, todo se encuentra en ellas. Allí se encuentra la historia de una acacia ó de un sauce de la China, la de un gran emperador reducido á darse de puñaladas, la relacion de la conversion de un Paria, y un tratado sobre las matemáticas de los Brahmanes. El estilo de estas relaciones á veces sublime, es admirable casi siempre por su sencillez. En fin, las misiones comunicaban anualmente nuevas luces á la filosofía. Encuentra un jesuita en la Tartaria una mujer hurona, y de esta estraña aventura deduce que el continente de América se acerca al Noroeste del continente de Asia, y así adivina la existencia del estrecho que fué por mucho tiempo la gloria de los Beringhs y de los Cooks. Una gran parte del Canadá, y toda la Luisiana habian sido descubiertas por nuestros misioneros, quienes llamando al Cristianismo á los salvages de la Acadia, nos dieron aquellas costas donde se enriquecia nuestro comercio y se formaban nuestros marinos: tal es una débil parte de los importantes servicios que sabian hacer á su patria aquellos hombres tan despreciados.

»Tenia cada mision un carácter que le era peculiar y un género de sufrimiento particular enteramente. Las de Levante presentaban un espectáculo muy filosófico. ¡Cuan poderosa era aquella voz cristiana que salia de los sepulcros de Argos y de las ruinas de Esparta y de Aténas! En las islas de Samos y de Salamina, de donde partian aquellas magníficas teorías que embelesaban y embriagaban á la Grecia, un pobre sacerdote católico disfrazado de turco se mete en un esquife, acércase á algun mal reducto abierto debajo de los trozos de columnas, consuela al descendiente de los vencedores de Jerjes que está tendido en la paja, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo, y haciendo el bien como se hace el mal, ocultándose en la sombra, vuelve otra vez secretamente á su desierto.

»También tiene derechos á nuestra admiracion el sábio que vá á medir los restos de la antigüedad en las soledades de Europa y de Asia, pero yo veo una cosa mas admirable y mas bella, cual es la de algun Bossuet desconocido esplicando la palabra de los profetas sobre las reliquias de Tiro y de Babilonia.

»Dios permitia que fuesen abundantes las cosechas en un suelo tan fértil; no podia ser á la verdad estéril semejante polvo. «Salí de Serfo, dice el P. Javier, mas consolado de lo que yo puedo esplicaros aquí: el pueblo colmándonos de bendiciones, daba gracias á Dios mil veces por habernos inspirado la idea de venir á buscarle en medio de sus peñascos.» Los montes del Líbano como los arenales de la Tebaida eran testigos del sacrificio que hacian de sí mismos aquellos misioneros. Dotados de una gracia infinita para realzar las mas pequeñas circunstancias, si describen los cedros del Líbano, si hablan de los cuatro altares de piedra que se ven al pié de aquellos árboles, y donde los monges maronitas celebran una misa solemne en el día de la Transfiguracion, se cree uno oír los acentos religiosos que se confunden con el murmullo de aquellos bosques cantados por Salomon, y el estruendo de los torrentes que se descuelgan de las montañas.

»Si hablan del valle por donde corre el rio *santo*: «Estos valles, dicen, contienen profundas grutas que eran en otro tiempo otras tantas celdas de un gran número de solitarios, que habian elegido estos retiros para ser en la tierra los únicos testigos de su rigurosa penitencia. Las lágrimas de aquellos santos penitentes son las que han dado el nombre de rio santo al que acabamos de nombrar, y que nace en los montes del Líbano. La vista de estas grutas y de este rio en aquel espantoso desierto inspira compuncion, amor á la penitencia, y compasion hácia aquellas almas sensuales y mundanas que prefieren algunos días de júbilo y de placer á una eterna bienaventuranza.»

»Todo esto me parece perfecto, tanto en el estilo como en la parte sentimental.

»Aquellos misioneros tenian un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y forzarle, digámoslo así, hasta en su último asilo. Ni las cárceles, ni las pestíferas galeras del mahometano se vieron exentas de su caridad. Oigamos en prueba de ello

cómo se esplica el P. Tarillon en su carta dirigida á Mr. de Pontchartrain:

»Los beneficios que hemos hecho á estos infelices (los esclavos cristianos en la cárcel de Constantinopla), consisten en mantenerlos en el santo temor de Dios y en la fé, en procurarles los alivios y consuelos de la caridad cristiana, asistirles en sus enfermedades y ayudarles en fin á bien morir: si todo esto requiere mucha sujecion y fatiga, también puedo aseguraros que Dios señala en recompensa grandes consuelos.

«En tiempos de peste, como es preciso estar en disposicion de poder socorrer oportunamente á los que se ven acometidos de tan terrible azote, y aquí no somos mas que cuatro ó cinco misioneros, tenemos la costumbre de enviar uno solo á la cárcel, donde permanece todo el tiempo que dura la enfermedad: el que obtiene para esto permiso superior, antes de marchar se dispone haciendo ejercicios en el retiro por algunos días, y luego se despide de sus hermanos como si fuese á morir. A veces consume su sacrificio, y algunas se escapa felizmente del peligro.»

»El P. Cachold escribia al P. Tarillan; «Ya me he hecho superior á todos los temores que causan las enfermedades contagiosas, y Dios mediante, no moriré de esta dolencia, cuando acabo de correr tantos riesgos. Salgo de la cárcel donde he administrado á los últimos sacramentos á ochenta y dos personas.... Durante el día me parece que nada me dá cuidado, y unicamente en la noche en los ratos que me dejaban tomar descanso, sentia mi espíritu dominado enteramente de ideas espantosas. El mayor peligro que he corrido y que correré quizás en mi vida, ha sido estando en la bodega de una galera de ochenta y dos cañones. Los esclavos, de acuerdo con los guardianes, me hicieron entrar allí al obscurecer para confesarlos toda la noche y decirles misa por la mañana. Estuvimos encerrados con candados dobles como se acostumbra. De cincuenta y dos esclavos que yo confesé, doce estaban enfermos y tres de ellos murieron ántes de que yo hubiese salido: considerado que aire podria yo respirar en aquel lugar encerrado, sin ventilacion alguna. Dios que por su infinita bondad me ha salvado de aquel paso, me salvará también de otros muchos.»

»Un hombre que se encierra voluntariamente en una prision, en

tiempo de peste, que confiesa ingenuamente sus terrores y que sin embargo los arrostra y los vence por caridad, que despues, á fuerza de dinero, como lo hacen otros para gozar de los placeres ilícitos, se introduce en la bodega de un buque de guerra á fin de asistir á los esclavos apestados: confesémoslo de buena fé, un hombre semejante no sigue un impulso natural: aquí se advierte alguna cosa mas que la *humanidad*: los mismos misioneros convienen en ello, y de aquí es que no teniendo por un mérito estas obras sublimes, repiten frecuentemente: «Dios nos dá esta fortaleza, sin que nosotros tengamos en ello parte alguna.»

»Un jóven misionero que aun no está aguerrido en los peligros como aquellos ancianos gefes cargados de fatigas y de palmas evangélicas, se admiró de haberse salvado del primer peligro, temió que esto fuese por culpa suya y se manifestó humillado por ello. Despues de haber hecho á su superior la relacion de una peste durante la cual se habia visto muchas veces obligado á *aplicar la oreja á la boca de los enfermos para oír sus palabras moribundas*, añade: «No he merecido, reverendo Padre mio, que Dios se haya dignado recibir el sacrificio de mi vida, como se le habia ofrecido. Pedid por mí en vuestras oraciones, para alcanzar de Dios que olvide mis pecados, y que me conceda la gracia de morir por él.»

»Oigase como escribia desde las Indias el P. Bouchet. «Nuestra mision está mas floreciente que nunca: hemos *sufrido cuatro grandes persecuciones en este año.*»

»Este mismo religioso es el que envió á Europa las tablas de los Brahmanes, de que M. Bailly ha hecho uso en su historia de la astronomía. La sociedad inglesa de Calcuta no ha publicado hasta ahora ningun monumento de las ciencias indianas que no hubiese sido descubierto ó indicado ántes por nuestros misioneros; y sin embargo, los sábios ingleses soberanos de muchos reinos, favorecidos por el socorro del arte y del poder, debieran tener muchos mas medios que un pobre Jesuita, solo, errante y perseguido. «Por poco que nos presentásemos libremente en público, escribe el P. Boyer, seria fácil de reconocernos por el aire y el color del rostro. Así pues, para no suscitar mayor persecucion á la religion, es preciso resolverse á vivir de oculto lo mas que se pueda. Yo paso dias enteros, ó encerrado en un batel, de donde no salgo sino de

noche para visitar los lugares que están junto á los rios, ó retirado en alguna casa lejana:»

»El batel de este religioso era todo su observatorio: pero el hombre es muy rico y muy hábil cuando esta inflamado por la caridad.

»Dos religiosos de la órden de san Francisco, el uno polaco y el otro francés, fueron los primeros europeos que penetraron en la China á mediados del siglo doce, y Marco Polo, y Nicolás y Mateo Polo, de la misma familia, hicieron muy luego dos viajes. Los portugueses así que descubrieron el derrotero de las Indias, se establecieron en Macao, y el P. Ricci de la compañía de Jesus resolvió penetrar en aquel imperio de Cathai, del cual se referian ya tantas maravillas. Aplicóse primeramente al estudio de la lengua de la China, una de las mas difíciles del mundo; su ardor venció todos los obstáculos, y despues de muchos peligros y repulsas, en 1682 alcanzó de los magistrados chinos el permiso que solicitaba para establecerse en Chouachen.

»Ricci, discípulo de Cluvio, y muy hábil tambien en las matemáticas, mediante esta ciencia se adquirió protectores entre los mandarines, y dejando el vestido de los bonzos tomó el de los letrados. Daba lecciones de geometría en que mezclaba con el arte las lecciones mas preciosas de la moral cristiana, y así pasó sucesivamente á Couachen, Nemcham, Pekin, y Nakm, unas veces maltratado, otras recibido con alegría, oponiendo á los reveses una paciencia invencible, y sin perder jamás la esperanza de hacer fructificar la palabra de Jesucristo. Ultimamente el emperador mismo, admirado de las virtudes y de los conocimientos del misionero, le permitió que residiese en la capital, y además le concedió muchos privilegios, así como á los demás compañeros de sus trabajos apostólicos. Los jesuitas observaron una conducta muy prudente y circuspecta, mostraron un conocimiento profundo del corazón humano, respetaron los usos de los chinos, y se acomodaron á ellos en todo lo que no era opuesto á las leyes evangélicas. Mas no obstante se les opusieron obstáculos por todas partes. La envidia, dice Voltaire, corrompió en breve los frutos de la sabiduría, y ese espíritu de inquietud y de contradiccion que vá en Europa en pos de los conocimientos y de los talentos, trastornó facilmente los mas grandes proyectos.»